

RESEÑAS

Logos. Anales del **Seminario de Metafísica**

ISSN: 1575-6866

<http://dx.doi.org/10.5209/ASEM.56841>EDICIONES
COMPLUTENSE

Valdecantos Alcaide, A: *Misión del ágrafo*, Segovia, La Uña Rota, 2016, 157 pp.

La escritura del ruido

El más alto modo de autocensura es el que venera la «letra impresa».¹ Existe una variedad de autocensor que no termina de repudiar el mismo mal que niega, ya que escribe algunas cosas a veces.² Se trata de un individuo enormemente dividido entre dos extremos, el esencialismo del texto³ y su contrario: la verbosidad o la grafomanía. El *acto de escribir* oculta la desintegración de la identidad supuesta a este personaje cuya verdad es una fractura hacia la despersonalización. Su *sí mismo* desgajado se reviste, paradójicamente, con unas vestiduras imposibles. Su inconsistencia y su tenerse en pie son tan frágiles que en cualquier momento va a desplomarse.

El autor habla -refugiándose en la ironía- por voz del ágrafo. Éste posee una fisura que le impide reconocerse en lo que escribe. Cualquier autor puede dar cuenta de cierta pulsión ágrafa: «Todos tenemos dentro el ángel protector de un ágrafo».⁴ Sin embargo, da la impresión de que su «incapacidad radical de reconocerse en el espejo de sus escritos»⁵ va unida a su contrario. Pues, a pesar de su dispersión, el ágrafo se conoce demasiado y quisiera evitar un contacto directo consigo mismo. Por eso se borra. En efecto, el ágrafo es una figura contradictoria que anda constantemente negando lo anterior. Su uso de la ironía es, en el fondo, tragicómico.

Misión del ágrafo no es exactamente un libro. Es precisamente su ausencia de centro lo que invita a un modo diferente —descentrado, rizomático— de lectura, que además está en sintonía con la figura que presenta. El ágrafo no se sustenta en ningún pilar básico, sino que se mantiene en el aire gracias a distintos puntos de apoyo, acá y allá, inconsistente salvo por esos fragmentos que lo mantienen en una especie de flotamiento.⁶ Una pregunta surge entonces: ¿cómo se constituye la identidad cuando una multiplicidad inasumible se anuncia fervientemente, cuando sobresale una pluralidad de voces que permanecen latentes en la palabra escrita u oral (siendo ésta última imitación de la escritura⁷)?

¹ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, Segovia, Ediciones La Uña Rota, SL. 2016, p. 24.

² Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 21.

³ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 33.

⁴ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 30.

⁵ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 110.

⁶ Foucault, M.: *Un peligro que seduce. Entrevista con Claude Bonnefoy*, trad. Rosario Ibañes y Julián Mateo Ballorca, Madrid, Cuatro, 2012, p. 51.

Foucault, M.: *Dits et Écrits*, Tome 1, Paris, Gallimard, 1994, p. 420.

⁷ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 31.

La unión esencial entre escritura y muerte -de la que hablan Blanchot⁸ y Foucault⁹, entre otros- late en el ágrafo.¹⁰ Muy a su pesar, se halla inmerso en los problemas de desintegración que ciertas modalidades de escritura manifiestan. José Manuel Cuesta Abad dice en el prólogo: «el prefijo de á-grafo marca, ya no una negación drástica o una imposibilidad, sino una privación (...) de modo que la condición agráfica resulta inseparable del deseo y el acto (inversos) de escritura.»¹¹ Sin embargo, el ágrafo sí que se enfrenta a un imposible radical: la «imposibilidad del discurso propio».¹² Su angustia procede de un saber profundo: en el fondo, sabe que producir un discurso propio y unitario es una farsa. Aunque dicha imposibilidad es el lugar del que parte la escritura, ya que la condición indispensable para toda producción escrita es el fragmento, la digresión, la negación de totalidad, de unidad y de síntesis. El trozo, la parte. La ruptura entre líneas. En otras palabras, la condición de posibilidad de la escritura convive con su negación misma, una negación que no se refutará dialécticamente y que permanecerá como negación radical, como diferencia en sí misma, insuperable. En efecto, el ágrafo tiene que ver, como dice José Manuel Cuesta Abad en el prólogo, con la escritura. Es, en ese sentido, el reverso del Grafómano Taciturno, quien, en vez de hablar y no escribir nada, no dice nada y escribe mucho.¹³ Quiera o no, el ágrafo está condenado a vérselas con la escritura. Pero de su propia condena, extrae un *goce* inaudito: «En el bloqueo de su escritura, el ágrafo ha perdido toda mismidad».¹⁴

Estar hasta ese punto atravesado por el lenguaje provoca en el ágrafo un borrado de sí. Éste permanece en contacto con una herida presente en el lenguaje. Para no terminar convertida en un cuerpo fragmentado, toda mismidad debe asumir una máscara. Pero para el ágrafo, dicha máscara se le antoja aberrante.¹⁵ El ágrafo sabe que jamás se escribe con sentido, ya que escribir implica un agujero, una grieta, una llaga presente en todo lenguaje. Naturalmente, se encuentra de lleno en la angustia. Si bien el origen de esa angustia es difícil de reducir a un único enunciado, la del ágrafo se relaciona con su intuición de la imposibilidad de escribir. Escribir nace, por tanto, de la paradoja. No escribir nada (o escribirlo todo) es la meta (o la angustia) oculta de quien se toma muy en serio el asunto del decir. Preferiría hacerlo, pero no puede.¹⁶ En consecuencia, se angustia con «esa sorda masa de materia escrita que no deja ni un instante de musitar su resentimiento por haber llegado a constituirse en objeto de escritura».¹⁷ El ágrafo peca de anti moderno, pues no comulga con la idea universalista de la escritura como centro del aparato cultural¹⁸. Al contrario, el autor con deseos de agrafia se topa con mil puntos de fuga que lo sacan de toda posible redondez personal y escritural. Rechaza el cliché de escritor moderno, disgustado

⁸ Blanchot, M.: *L'écriture du désastre*, Paris, Gallimard, 1980.

Blanchot, M.: *L'espace littéraire*, Paris, Gallimard, 1955.

⁹ Foucault, M.: *Un peligro que seduce. Entrevista con Claude Bonnefoy*.

Foucault, M.: «*La pensée du dehors*», en *Dits et Écrits*, Tome 1, pp. 518-539.

¹⁰ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 128.

¹¹ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 11.

¹² Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 35.

¹³ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 41.

¹⁴ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 43.

¹⁵ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 85.

¹⁶ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 47.

¹⁷ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 56.

¹⁸ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, pp. 67, 68, 69.

y a la vez reconfortado por la identidad.¹⁹ No obstante, la sombra del moderno Montaigne no tarda en perfilarse y decir: «Cuando las acotaciones sean muchas, es probable que echen a perder el tema principal y eso es lo que suele ocurrir con la prosa yoificada: que, contra los más acariciados deseos, el yo se acaba convirtiendo en ruido». ²⁰ Pero, ¿acaso hay algún modo de evitar que el yo se convierta en ruido? ¿O que el ruido llegue a formar una subjetividad más o menos coherente? ¿Acaso no está ya el lenguaje -yoificado o no- atravesado de un ruido que provoca constantes y riquísimas interrupciones?

Para concluir, la figura del ágrafo alumbra la inconsistencia de cualquier discurso, ya sea sobre sí mismo, ya sea sobre cualquier asunto. Es un indicio de que la autobiografía, la autoficción, la novela y cualquier otro género literario no son más que ficciones agrietadas y cuya unidad y coherencia son mero revestimiento, mera mascarada. Tras el velo de Maya hay una herida, una llaga, un *afuera*. «El ágrafo es un obsesivo corrector de fragmentos mínimos destinados a pertenecer a una obra definitiva que no se dará nunca». ²¹ Descubre el lado monstruoso de la escritura, destapa la inverosimilitud de toda idea de autor. ²²

Marina Aguilar Salinas
Université Paris 8 – Saint Denis
marina.aguilar.salinas@gmail.com

¹⁹ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 73.

²⁰ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 152.

²¹ Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, p. 102.

²² Valdecantos, A.: *Misión del ágrafo*, pp. 110, 113.